

AQUI POESIA

7

JUAN CARLOS LEGIDO

MONTEVIDEO AL SUR



Aquí, Poesía
Publicación bimestral

Director:
RUBEN YACOVSKI
Veracierto 1870 ap. 6
Montevideo, Uruguay

Algunos títulos publicados :

- Nº 11 **Poemas de los diez días.**
por Enrique Elissalde
- Nº 12 **Selección de poemas.**
por Julio J. Casal
- Nº 13 **Desde antes de la infancia.**
por Ma. Amelia D. de Guerra
- Nº 14 **Muchacho r.**
por Ruben Yacovski

En Prensa

- Nº 15 **Guitarra de sombra.**
por Clara Silva
- Seis pares de zapatos**
por Alfredo Gravina
(Serie Testimonio, novela)

De próxima aparición

- Nº 16 **Poemas de autores uruguayos y antología de la poesía búlgara.**

Marcha y contramarcha
por Matilde Bianchi
(Serie Testimonio, novela)

Bo

.

.

•

•

MONTEVIDEO AL SUR

Primera EDICION, 15 de Setiembre de 1963

Segunda EDICION, 20 de mayo de 1964

Copyright by Aquí, Poesía.
Printed in Uruguay

Montevideo, 1964
Impreso en el Uruguay

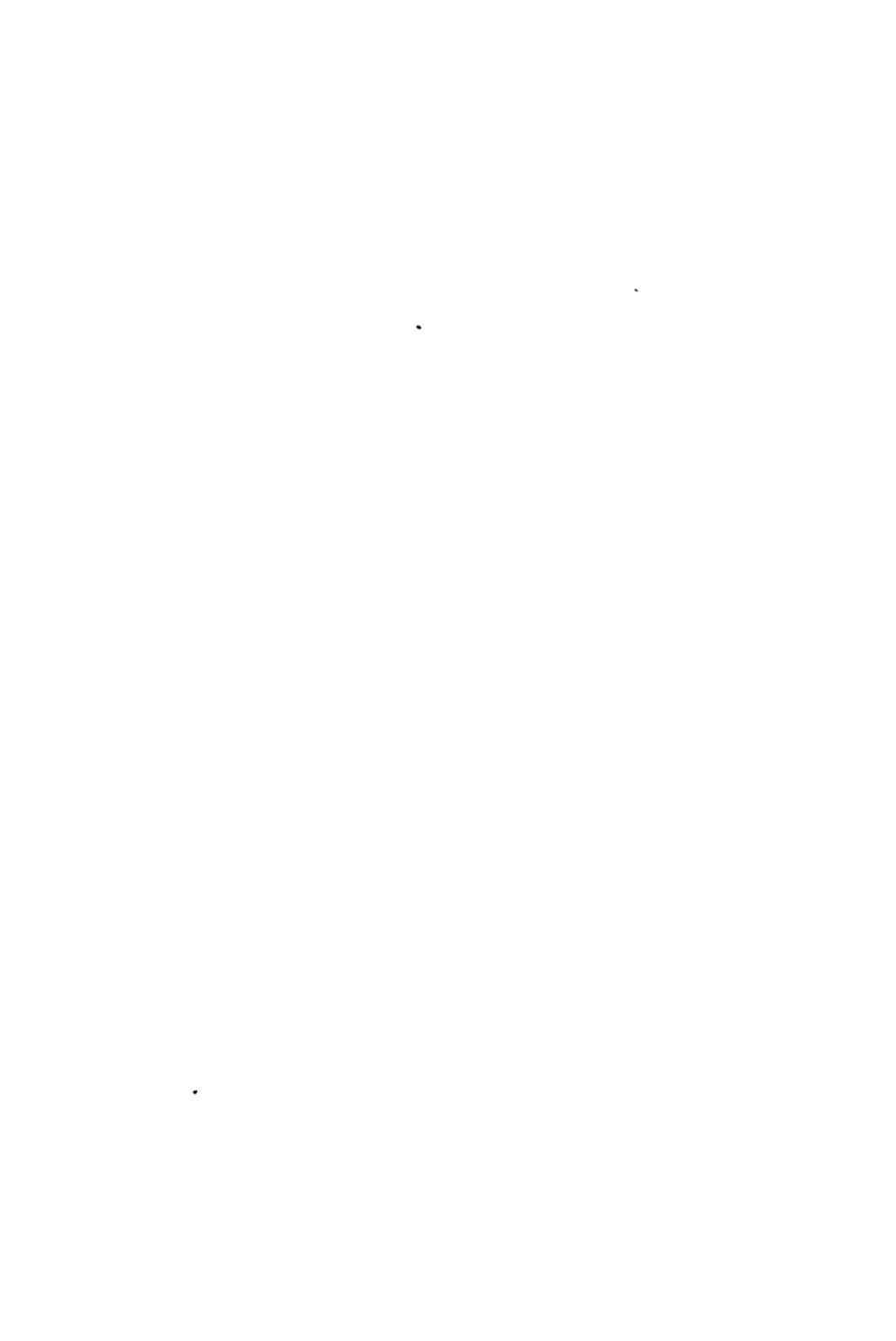
JUAN CARLOS LEGIDO

MONTEVIDEO AL SUR

SEGUNDA EDICION



AQUI, POESIA, MONTEVIDEO, 1964.



Montevideo al sur

A Matilde Bianchi

Cuántas veces el alba perfiló entre sus luces
ciudades legendarias terriblemente ajenas.
Yo fui aquel peregrino
de encrucijadas múltiples
que cortó alucinado las viñas del paisaje.

Pero siempre volví.

Montevideo al sur me esperó muchas veces
como la esposa amante espera al marinero.
Montevideo al sur me dio la calle angosta
donde jugar feliz entre tapias y perros.
Montevideo al sur me dio aquellas esquinas
donde crecer viril con la barra de amigos.
Montevideo al sur me dio aquel atalaya
donde mirar al mundo con ojos sorprendidos.
Montevideo al sur me dio el abecedario
para entender los hombres y entender a las
cosas.

Montevideo al sur me encontró en la iracundia
de crispados mitines por la España sufriente.
Montevideo al sur me dio aquellas muchachas
que sólo pueden ser las primeras muchachas.
Montevideo al sur me encontró entre los
muelles.
traduciendo en las proas los ecos de otras
tierras.

Montevideo al sur me dio aquellos otoños
de soles suavizados en un azul profundo.
Montevideo al sur me hizo amar las riberas
de ríos que entrecruzan aluviones de océano.
Montevideo al sur me dio los camaradas
para sentir la recia hermandad de los hombres.
Montevideo al sur me dio por fin la clave
para saber que amor es plena residencia.

Puerto

Sube un agrio calor de presencias ajenas
por las calles estrechas.
Los neones desangran a través de la niebla
anunciando sus falsos nombres americanos
y en la tarima alta, desnudas las rodillas,
la yira languidece entre música y humo.
La noche cierra el ciclo de las fatigas diarias.
Son las siete.
Se alejan, burocráticos,
los hombres de la aduana
y en el boliche barren los sueños ya inservibles.
El mercado se atesta,
bulle un fragor humano
que ahoga soledades en la voz y en el grito.
El marinero pisa la tierra firme tráfuga
fumando ávidamente el fragor del asfalto.
El patrón de la lancha recoge su buen vino
y un fragmento de Italia revienta en el estaño

con la pelea franca de los compinches rudos.

Se abre una ventana.

Un torso descubierto respira el aire fresco
mostrando en el cansancio su plenitud de

macho.

Gardel se corporiza

desde un surco gastado

en cien noches nostálgicas de suburbio y de

tiempo.

Pregonan los botijas los diarios vespertinos
a coro con el seco callejear de la timba.

Canturrean dos curdas.

Un freír de pescado vuela por las cantinas.

Las grúas van mordiendo un pedazo de luna
con un insomnio cíclope de sus riñones fríos.

Se escucha una sirena.

Zarpa un barco. Se aleja.

Dos ojos soñadores lo persiguen, nostálgicos.

Más allá de la rada el mar se volvió mito.

Gardel

Madreselva y senderos y nostalgia del treinta.
Tus lunas de suburbio ya no parecen cursis.
Con tu voz arremeten los años fugitivos
el partido de fútbol en la calle arbolada
y el tantán del tranvía lejano y petulante.
El barrio bostezaba
su sopor pueblerino de aljibes y de charcos.
De verdad existían buzones amarillos.
De verdad existían pianolas sensibileras.
El aire se afinaba entre muros de hiedra
y al venir de la escuela
con mis diez años nuevos
me esperaba la casa crujiente de pan fresco.
El mundo era sencillo como mi calle estrecha.
Las luces de la esquina bañaban mariposas
eran luces calientes
eran luces de estío
eran veranos cándidos de vacaciones largas.

Chaparrón de luciérnagas invertían el cielo,
azules campanillas refrescaban los cercos
y una brisa de yuyos cruzaba los baldíos.

Después otros paisajes
mares, puertos, ciudades.
El viento de los años se llevó muchas cosas.

Las cometas

La cometa es el alma de los pájaros muertos
que revive en el cielo su plenitud viajera.

Desde el hilo tendido
como arado de viento
asciende al infinito su alegría flamante.

Cometas en las playas.

Cometas en los parques.

Cometas en las copas aún tiernas de los
árboles.

La cometa en su vuelo toca los pararrayos.
La cometa en su vuelo trepa por las antenas,
se mezcla entre la ropa tendida de los cables,
anida en los balcones
con los enamorados
y llega a los altillos de los vecinos pobres.

La ciudad se embandera con alas fabulosas
que en el azul fabrican una paleta múltiple;

su mole densa gris se aligera y afina
y desde las ventanas
los ojos sorprendidos
descubren en el aire filigrama de luces.

La ciudad se embandera con alas infantiles.
El humo de la fábrica viró su rumbo oscuro
y el tendero metódico rompió el encierro
para mirar al cielo con ojos entornados. mustio

La ciudad con cometas dejó de ser adulta.
Por algunos instantes se pararon las máquinas
y el auxiliar tercero interrumpió su cuenta.

La ciudad con cometas enterró sus tristezas
y jugó como un niño.

Lluvia

Me gusta caminar en los días de lluvia.
La ciudad se transforma
bajo un cielo esfumado,
las torres se desprenden entre las nubes bajas
y triunfa una rapsodia de grises y de blancos.
Los cafés en penumbra
convidan al sueño.
En la humareda tibia fantasea el poeta.
Los cristales se empañan por un vaho
ascendente
y entre sus cicatrices las figuras se alargan.
Una ciudad fantasma surge entre chaparrones,
una ciudad distinta,
una ciudad más íntima.
El amor ya se instala en las ventanas altas,
el amor que la lluvia adormece y envuelve.
Me gusta caminar en los días de lluvia.

Hay un gris corrosivo que envuelve las
mansardas.

La noche va cayendo.

Un frenesi de luces desmenuza las sombras
que la humedad difusa convierte en terciopelo.

La calle es sólo mía.

La ciudad se me rinde.

A un costado las moles

rezuman un olor de humanidad caliente.

Me gusta caminar en los días de lluvia.

Parece que camino sobre un cielo de charcos
porque entonces el cielo se mudó hacia el

asfalto.

El tranvía

Llegabas
con el trole en acecho apuntando hacia el cielo.
Eras el carricoche de la avenida aldeana.
Se anunciaba de lejos tu osamenta de fierro
con un plantel de niños de azules moñas locas.
Salían de la escuela
—ronda, trompo y pelea—
y ya se desbandaban igual que los gorriones.
Tú andabas entre ellos
como un buey cuidadoso
que hubiera sorprendido un rebaño de ovejas.
En la quietud pueblera de las puertas cancelas
te querían los niños,
te querían los viejos.
eras “uno inter pares”, engendro de progreso.
Desde tu ventanilla se veía el idilio
de un zaguán recoleto, medianamente a
oscuras,

de repente a tu paso se cruzaba un caballo
y un aroma de yuyos se enredaba a tus ruedas
desde las bocacalles.
Eras la mole andante con un ojo ciclópeo
que alumbraba la noche de las lentas esquinas.
La ciudad se estiraba
en una inspiración de azoteas y rejas.

Y pasaron los años.
A tu lado gruñían modernos artefactos.
Ya no fuiste trotante con caballos y perros
y en aquella carrera
ibas por los caminos rezagado a la tranca.
No supiste adaptarte a insensatas urgencias
y mientras los purretes despoblaban tus vías
la confianza perdiste
como un pesado atleta inútil por los años
y te fuiste a morir a un galpón polvoriento.

Los plátanos

Arbol de mi ciudad,
te veo cuando adornas las calles sin historia
del suburbio que vive a tu sombra piadosa.
La cuadra,
la humilde cuadra de cansados muros
se transforma
como una cenicienta pronta para la fiesta
que encontró su penacho para apuntar al cielo.
Allá entre tus alturas
se enredó un cometa
que parece una fruta multicolor y extraña.
Hay oro en la mañana del verano bravío
filtrándose en las ramas serenas de tus brazos.
La ronda de los niños resonó más risueña
y los enamorados detuvieron su paso.
La pobreza se viste
con el color del viento
que verdea al pasar por tu follaje.

Se oyen rodar los carros.
Un pregón de verdura se mezcla entre las hojas.
Sonríes al caballo que descansa a tu sombra
y perdonas al perro su exceso de confianza.
Pelean las comadres.
No importa.
Muchas veces viste esas tempestades
que pronto se deshacen en aletear de faldas.

Arbol de mi ciudad,
tú das a las veredas como un soplo de estancia
iluminando el aire da la calle enclaustrada.
Ante balcones quietos
y puertas taciturnas
me gusta contemplar tu recatado idilio
cuando acuestas la luna en tu copa triunfante.

Biógrafo de barrio

a Nelson Gorri

Como un templo poblado de evasión y de magia
se erguía tu fachada cubierta de carteles.
Yo te miraba atónito
desde mis ojos limpios
atrapado en tu signo de las mil y una noches.
De las dos a las nueve
por solo tres reales llenaba mi equipaje
matando el tiempo largo de los años ingratos;
es que en tu territorio
discreto, hospitalario
de un modo milagroso iba girando el mundo.
Hoy todos te llamamos el biógrafo de barrio
porque llamarte cine parece pretencioso.
A través de los años
olvidado
entre las cuatro esquinas del suburbio
quedaste.

Sin embargo

al amparo de tus flotantes sombras
que tamizaba un mundo de exigencias hostiles
— el liceo, la casa,
el hastío del álgebra, los fríos madrugones —
cuánta dorada historia metiste en la cabeza,
aventuras
y amores
y el delgado sheriff que siempre hace justicia.
Por tus pródigas sendas Chaplín se balanceaba
convirtiendo en pirueta la burla a un policía
y allá, en lo más secreto,
estaba la muchacha que pobló tantas veces
el pecho solitario.

Te recuerdo por eso.
Por tu engaño piadoso
de forjar una historia a quien no tiene historia
como un libro de cuentos que vivió en
nuestras noches
y ahora pertenece al desván de los sueños.

El mirador

Mirador melancólico que el tiempo ha
desterrado
en medio de la urbe que crece indiferente,
como reliquia triste,
como erguido despojo,
parece que aun miraras la ciudad provinciana
que se desperezaba sobre los techos bajos.
Anacrónico y tierno,
los años te han dejado perdurar del naufragio,
pero en tu arquitectura
de rejas coloniales
y rosados revoques
los marchitos recuerdos de leves horas plenas
hoy pueblan de silencio tu torre pretenciosa
Erguido en la azotea de la casa grandota
que alegraban los niños rodeando a sus
abuelos,
añoras faldas largas, camafeos y moños,

añoras carricoches franqueando los portones.
Cuántas veces la música
de un vals o una mazurka
subió como una hiedra tu balcón aristócrata,
como subió el amor tus soledades cómplices,
como subió el poeta.
Patriarcal y elegante,
quien te mira a través de alocadas urgencias,
quien te mira a través de las moles furiosas
que bajaron los humos de tu torre altanera,
es como si el ayer se mantuviera terco
en tu sobrevivir de una edad de glicinas.

El constructor de ciudades

Los techos se hacen cómplices de un paisaje
de nubes,
surgen llenos de vértigo,
se pueblan de palomas.
La ciudad va arrastrando miradores y rejas.
Pero allá en los andamios lo contemplo.
Lo contemplo en la helada que castiga los
huesos.
Lo contemplo quemarse en la fragua de enero.
Con el torso desnudo
o la campera al viento
allá está en los andamios sembrando a manos
llenas:
sus manos milagrosas que hacen surgir
ciudades.
Hombre de cal y espacio.
El vacío no puede destrozar su prestancia.

Compite en las alturas venciendo al pararrayo.
y se queda extasiado hablando con los pájaros.

Vencedor del cemento,
tú pones el sudor en los muros erguidos
y la sangre estrellada sobre los pavimentos
si igual que un ave herida caíste de los cielos.

Después
otro viene por ti
a gozar los paisajes
a instalarse feliz sobre la nube inquieta
y mientras tanto tú, constructor de ciudades,
que acumulas las torres con tu pródiga mano,
que das a la ciudad su vértigo gozoso,
regresas
levemente encorvado
a aliviar la fatiga en el barrio distante
y a consumir tu sopa ganada de inclemencias.

Teatro independiente

Barracón milagroso que conviertes la chapa
en un nuevo metal para el carro de Tespis,
por tus tirantes viejos
por tu escenario pobre
creaste un universo de mágicos confines
viviendo la palabra que enalteció el poeta.
Como aquella arrumbada lámpara de Aladino
hacer surgir la llama que recrea y alegra.
conviertes la rutina en mueca molieresca
y entre tus arpilleras piruetea Colombina.
Teatro independiente,
bohemia creadora
que vistes la jornada con un traje de fiesta,
qué amante la vigilia de tu actor multiforme
cuando martillo en mano
las paredes levanta
pulseando con la noche que espesa
el maquillaje.

En tu insólito mapa
donde se corporiza el perfil de la fábula
el oscuro auxiliar se convierte en Romeo
y cuando su jornada de jefes y notas
se arrumba en el olvido
más allá de las horas encontrará a Julieta.
En medio de la mole de la ciudad ambiciosa
que vive entre las rayas de un haber y de
un debe
parecen aplastarse sus verticales sombras
pero tú sobrevives,
fatigado y gozoso
y entre las carteleras le infundes tus colores
y entre los reflectores revistes su vacío.
Teatro independiente,
caserón de muchachos que la luna pusieron
sobre las marquesinas;
por tus tirantes viejos
por tu escenario pobre
derrotas esas noches del silencio y del tedio
cuando el telón rescata los perdidos paisajes.

Tristeza de los lunes

La ciudad se despierta
perezosa y nostálgica.
¡Qué fatiga tremenda socavar la semana
desde esa piedra amarga
que inicia la pared de los días iguales
hasta la brecha ansiada del sábado y domingo!
Tristeza de los lunes.

Bronca desparramada por las sábanas tibias
de la muchacha del taller
que vivió su romance
en la penumbra
de un biógrafo de barrio.
Y cuánto sueño azul acunado y distante
se deshizo al chillido imperturbable y hosco
de ese despertador que señala las siete.

La ciudad se despierta.
El humo de las fábricas enturbia la mañana

mientras las mecánógrafas repiqueten,
blandas
un Montevideo lunes de tal fecha y tal año
de un año siempre igual a tantos años tantos
de un lunes siempre igual a tantos lunes tantos
en que el despertador interrumpe a las siete
el sueño repetido en que el muchacho triunfa
y el padre ricachón permite el casamiento
entre violines rosa que hacen jarabe al mundo.

Pero ya se acabó.

El héroe, los millones, el romance en colores,
la aventura del sábado,
la abulia del domingo,
porque hay humo en el cielo y frío en las
espaldas
y un gerente lustroso va dictando impertérrito
Montevideo lunes tanto de un año como tantos.

El perro muerto

Venía
en un grisáceo amanecer de invierno
entre la indiferencia de las casas dormidas
y allí
en la calle desierta
descubriendo en el alba su desamparo hiriente
yacía un perro muerto.

Estaba solo y triste.
No era dueño siquiera de su muerte más íntima,
inmensamente tierno en su quietud sin eco,
más desnudo que nunca
en esa pública muerte desolada,
en esa desposesión tremenda y cruda
de morirse sin nadie
en un lugar de nadie
sin siquiera la buena, negra tierra
que es blanda por debajo

pero no, ni esa tierra siquiera
donde dejar sangrar todos los sueños.

Porque ahora lo sé.
Aún en la misma muerte
hay una pavorosa desnudez
cuando se muere así a la vista de todos.
Ahora sé que la muerte
debe tener
la intimidad de los amantes.

Entonces
sentí dolor al ver tu desnudez
como si hubiera sido
la propia desnudez pública y mía.
Sentí dolor por ti
que ni siquiera fuiste dueño de tu muerte,
esa muerte
de la que somos
los exclusivos dueños
y a veces la única propiedad que heredamos
los pobres de la tierra.

El cerro

Modesto mirador que el suburbio acaricia,
siento la indiferencia de la ciudad
allá abajo
que encandilada al este se olvidó de su historia
Doméstico al idilio de las aguas del Plata
pareces la gallina cuidando los polluelos
que traviesos se estiran por tus laderas gratas
pero quien te conoce
sabe que tu farola
alumbra una barriada de viril plenilunio.
Por tu falda pueblera se mueven los vecinos
que en bandadas compactas van a los
frigoríficos.

Chimeneas
y humo
subrayan contra el cielo tu perfil de trabajo.
La sangre combativa agitada en cien huelgas
tu leyenda construye.

Enmarcado entre mástiles
de fatigados barcos que a tu sombra recalán
tienes la adiosincrasia de una Sicilia criolla
unida a tierra firme, masculina y autónoma.
Revivido en las mezclas
de emigrantes
que vinieron de lejos pálidos de horizonte
se lo entregaste amplio
pues desde tus laderas
contemplas la ciudad apretada y pujante.
Pastor de la bahía,
tu imagen de entrecasa despunta los recuerdos
del viajero
nostálgico
que asomado al regreso te descubre entre
brumas;
el viajero
que huye
se angustia en los adioses
del faro capitán de tu fiel fortaleza.

Nocturno de la ciudad vieja

Al apagar los bancos sus recatadas luces
una calma agorera invade las esquinas,
el cálculo vorágine interrumpe su gula
y el lustroso accionista
satisfecho y pujante
deja las directivas con los bolsillos llenos.

En brazos de su amante
— de las siete a las nueve —
sueña con monopolios y perfiles procónsules
y al completar su ciclo de erotismo forzado
enfila hacia Carrasco a cenar con los nietos.

Mientras tanto la luna ilumina, friolenta,
una ciudad fantasma de oficinas vacías.
Por algunos momentos descansa la hipoteca
aunque entre bastidores
como araña gigante
con su paso insensible la usura va trepando.

Esta es la Ciudad Vieja que un día fue colonia
bostezando en los muros
su chatura pacata.

Hoy
en sus calles tensas
se estrella el empleadito
con el despido a cuestras
y también la muchacha que estudió inglés por
carta

hace la secretaria
de un director de empresa
que promete el divorcio entre cóctel y cóctel.

Esta es la Ciudad Vieja de paredes patricias,
ciudad del usurero,
ciudad de los cambistas.

Sin embargo hay un cielo y un río que la
acunan,
desde la península se ven pasar los barcos,
sobre las escolleras sueñan los pescadores.

La noche ya se instala.

No lejos de los bancos crecen los conventillos.
Los diarieros mocosos escapan de la escuela
y pronto se doctoran en el código reo.

Yiras y traficantes
compiten con maricas
mientras en otro extremo
de la ciudad orgullosa
nueva historia de sangre cruza los cantegriles.

¡Silencio! Eso no importa.
Hay mil entradas amplias con chapas muy
pulidas

de correctas y prósperas sociedades anónimas.

La noche va avanzando.

Dormitan los gerentes entre viento de pinos.

Y aquí, en la Ciudad Vieja,

de revoques de mármol y llaves impertérritas,

de limpios corredores poblados de vacío,

en la pieza promiscua

los padres y los hijos comparten el cansancio

y sueñan con un cielo y un campo inacabable.

Orden del libro

•

•

•

Montevideo al sur	7
Puerto	9
Gardel	11
Las cometas	13
Lluvia	15
El tranvía	17
Los plátanos	19
Biógrafo de barrio	21
El mirador	23
El constructor de ciudades	25
Teatro independiente	27
Tristeza de los lunes	29
El perro muerto	31
El cerro	33
Nocturno de la ciudad vieja	35

10
11
12
13

14

15

16

El presente volumen constituye la segunda edición de **Montevideo al Sur**, por Juan Carlos Legido, que figuró como la entrega Nº 7 de **Aquí, Poesía**, publicación bimestral dirigida por Ruben Yacovski, en setiembre - octubre de 1963. Croquis tipográfico y carátula de Sarandy Cabrera. Impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la Comunidad del Sur, calle Canelones 1484, Montevideo, el día 20 de mayo de 1964.

JUAN CARLOS LEGIDO

OBRA ANTERIOR

POESIA

ANCLA Y ESPIGA (Premio Ministerio Instrucción Pública, 1948)

TEATRO

Piezas Representadas

LA LAMPARA (Premio "El Tinglado", 1952)

DOS EN EL TEJADO (Mención en Concurso de la Institución Teatral "El Galpón", 1956)

LA PIEL DE LOS OTROS (Premio Casa del Teatro del Uruguay, 1958)

VERANEO (Mención Casa del Teatro del Uruguay, 1961)

Próxima estreno

LOS CUATRO PERROS

ENSAYO

"DE JUAN MOREIRA A BARRANCA ABAJO"

Revista "ESTUDIOS" Nros. 19/20

EN PREPARACION

EL VERBO AMAR (poesía)

UN POTRERO CERCA DEL MAR
(novela)

